

El azar como destino

(The chance as destiny)

Gurrutxaga, Ander

Eusko Jaurilaritza. Dpto. de Educación, Universidades e Investigación

Duque de Wellington, 2

01010 Vitoria-Gasteiz

BIBLID [1136-6834 (1998), 26; 295-308]

El proceso de construcción del orden político moderno es el producto de la progresiva transformación de los instrumentos político, económico e institucionales. Ni la violencia ni la guerra tuvieron un papel especialmente destacado en el proceso de construcción de la sociedad vasca moderna. El proceso político obliga al nacionalismo a un largo recorrido. Las transformaciones estructurales de la década de los sesenta, la entrada en la historia de una nueva generación -hijos de los derrotados en la guerra civil- y el accionismo radical del neonacionalismo de ETA, transforman la mirada del nacionalismo vasco. El nacionalismo se encuentra con que los procesos y los mecanismos que en su tiempo le sirvieron para realimentarse pierden validez en las nuevas condiciones que propone la democracia formal. El nacionalismo encara las consecuencias del éxito y percibe que también de éxito se puede morir. La posición ante la violencia armada de ETA y sus consecuencias, y ante las reglas de juego que institucionaliza la democracia, sumen al mundo nacionalista ante rupturas sin parangón en los cien años de historia.

Palabras Clave: Construcción política. Primer nacionalismo vasco. Éxito político. Transformaciones estructurales. Institucionalización política. Racionalización. Violencia. Autodeterminación. Valores Pragmáticos.

Ordena politiko modernoaren eraikuntza-prozesua baliabide politiko ekonomiko eta instituzionalen eraldaketa geroz handiagoaren emaitza da. Ez biolentziak ez gerrak ez zuten eginkizun nabarmenagirik euskal gizarte modernoaren eraikuntza-prozesuan. Prozesu politikoak ibilbide luzea egitera behartu du nazionalismoa. Hirurogeigarren urteetako egiturazko eraldaketak, beste belaunaldi bat historian sartzeak -gerra zibilean menderaturik izan zirenen haurrak- eta ETAREN neonazionalismoaren ekintzabide erradikalak, euskal nazionalismoaren ikuspegia aldatu zuten. Demokrazia formaleko baldintza berrietan, nazionalismoak lehen bere burua berrelkatzeko balio zioten prozesu eta mekanismoek eraginkortasuna galdu dutela egiaztatzen du. Nazionalismoak arrakastaren ondorioei aurre egiten die eta arrakastaz ere hil daitekeela antzematen du. ETAREN biolentzia armatuaren eta haren ondorioen aurrean, bai eta demokraziak instituzionalizatzen dituen joko-arauen aurrean hartutako jarrerak bere historiaren ehun urteetan berdink izan ez duten hausturetan murgilarazi du mundu nazionalista.

Giltz-Hitzak: Eraikuntza politiko. Lehen euskal nazionalismoa. Arrakasta politiko. Egiturazko eraldaketak. Institutionalizazio politiko. Racionalizazio. Biolentzia. Autodeterminazio. Balio pragmatikoak.

Le processus de construction de l'ordre politique moderne est le produit de la transformation progressive des instruments politiques, économiques et institutionnels. Ni la violence, ni la guerre eurent un rôle spécialement relevant dans le processus de construction de la société basque moderne. Le processus politique force le nationalisme à parcourir un long chemin. Les transformations structurales des années soixante, l'entrée dans l'histoire d'une nouvelle génération -les enfants de ceux qui furent vaincus lors de la guerre civile- et l'actionisme radical du nationalisme de ETA transforment le regard du nationalisme basque. Le nationalisme se voit confronté au fait que les processus et les mécanismes qui servirent à leur époque pour se réalimenter perdent de leur valeur avec les nouvelles aux conséquences de son succès et se rend compte que le succès aussi peut être mortel. La position face à la violence armée de ETA et ses conséquences, et face aux règles du jeu qu'institutionnalise la démocratie plongent le monde nationaliste dans des ruptures sans égal en cent ans d'histoire.

Mots Clés: Construction politique. Premier nationalisme basque. Succès politique. Transformations structurelles. Institutionalisation politique. Rationalisation. Violence. Autodétermination. Valeurs. Pragmatiques.

El proceso de construcción del orden político moderno es el producto de la progresiva transformación de los instrumentos político, económico e institucionales que sancionaban el particularismo tradicional. El País Vasco no escapa a este proceso aunque el inseguro siglo XIX añade el dramatismo necesario a una situación ya de por sí preocupante. Por otra parte, el Estado español no sigue la metodología revolucionaria francesa, el esquema político inglés o la revolución desde arriba prusiana. La construcción del Estado moderno español es el fruto no de una triunfante revolución burguesa sino el producto del pacto entre los sectores burgueses y entre los grupos del Antiguo Régimen.

Es Carlos Moya quién describe la dramática paradoja que inaugura y preside la historia política del siglo XIX español: un modelo liberal para una sociedad sin clase nacional burguesa; un sistema moderno de fórmulas ideológicas y organizativas para una estructura social que hace imposibles su vigencia en cuanto esa práctica realidad colectiva constituye la negación radical de aquel proyecto político. Como el citado autor recoge, se trata de un país que liquida los restos de un imperio enorme, precapitalista, sin conseguir alcanzar el nivel correspondiente a una potencia nacional moderna y carece para ello del requisito político-organizativo necesario: un Estado nacional mínimamente moderno y racional, en cuyo marco se desarrolle un mercado y una clase nacional burguesa.

La crisis política no supone la disolución y la transformación revolucionaria, sino la dinámica conflictiva que casi siempre se quiere resolver con sucesivas restauraciones. La historiografía discute sobre la debilidad estructural de la revolución burguesa y con ello el hecho de que hasta finales del siglo XIX, España sigue siendo una sociedad rural.

La debilidad estructural del Estado genera varias consecuencias en el País Vasco. En primer lugar, no resuelven, sino a través de decretos, previa derrota militar, los problemas de integración política que produce el orden moderno. Por otra parte, crean mecanismos de integración que no tiene capacidad suficiente para disolver el capital simbólico de la tradición. Pero, la transformación de la sociedad tradicional en urbana e industrial no es lineal, sino conflictiva e incluso traumática. Si las guerras carlistas son el indicador para comprender la profundidad de la crisis social, la disolución del edificio foral es una solución problemática, más acentuada porque la propuesta liberal se impone tras una victoria militar. Si las consecuencias de la guerra son siempre traumáticas, en el territorio vasco lo son doblemente porque prácticamente a lo largo de todo el siglo XIX la guerra está presente en este reducido espacio geográfico (las de la Independencia, la de la Convención, más tarde las Guerras Carlistas), éste es un mecanismo de resolución de crisis que no resuelve nada sino que más bien profundiza las consecuencias del evento militar y empobrece, más y más, a un territorio ya de por sí pobre.

La situación social del País Vasco no sugiere las mejores condiciones para lograr la legitimidad del paradigma político del centro.

El primer nacionalismo vasco es una de las respuestas posibles a este cuadro estratégico. Pero ni la violencia ni la guerra tuvieron un papel especialmente destacado en el proceso de construcción de la sociedad vasca moderna, al menos no un peso más significativo que en cualesquiera otras sociedades europeas. Posteriormente el proceso político obliga al nacionalismo a un largo recorrido donde la guerra y la paz que acompañan al siglo XX español no le apartan de sus señas de identidad, lo que sí ocurrió es que la guerra civil de 1936

le sumerge en el bando perdedor, pero ni las consecuencias de la derrota, ni el estigma de perdedor consiguen borrar sus sueños. Las transformaciones estructurales de la década de los sesenta, la entrada en la historia de una nueva generación -hijos de los derrotados en la guerra civil- y el accionismo radical del neoneo-nacionalismo de ETA, transforman la mirada del nacionalismo vasco.

Durante el proceso democrático el nacionalismo percibe, con estupor, que puede construir el modelo de País sobre el que tanto ha hablado y escrito. Pero se encuentra con que los procesos y los mecanismos que en su tiempo le sirvieron para realimentarse pierden validez en las nuevas condiciones que propone la democracia formal. El nacionalismo encara las consecuencias del éxito y percibe que también de éxito se puede morir. La institucionalización política conduce a la racionalización de los objetivos y a la formalización de los medios para alcanzarlos. Pero la posición ante la violencia armada de ETA y sus consecuencias, y ante las reglas de juego que institucionaliza la democracia, sumen al mundo nacionalista ante rupturas sin parangón en los cien años de historia.

Pero la violencia es uno de los obstáculos que el nacionalismo democrático debe encarar para construir su futuro, resituarse a ETA no es sólo un problema político, sino que probablemente obligue al seguro mundo nacionalista a elaborar las bases comprensivas de su teoría desde otros aprioris donde probablemente para seguir siendo nacionalista haya que dejar de ser un poco nacionalista.

1. AZAR Y DESTINO

Decía el historiador B. Anderson que la magia del nacionalismo es la conversión del azar en destino. Alguien puede argumentar, y no faltan razones para ello, que si en el umbral del siglo XXI escribimos sobre esta compleja realidad no es por la brillantez teórica de la doctrina del nacionalismo sino porque consigue aquello que pretende: el éxito social y el reconocimiento político. Por una parte, el éxito social está relacionado con la capacidad para construir la sociedad civil bajo los supuestos de que tiene un rostro comunitario y piensa la sociedad que representa. Por otra parte, el discurso político es el de la comunidad que "busca" el destino representándose en términos políticos y sociales como comunidad.

En el caso del nacionalismo vasco, hay que hacer una lectura externa del devenir histórico, aunque no conviene olvidar el diagnóstico que realiza de sí mismo. Ambas miradas al mundo del nacionalismo vasco (la externa y la interna) se entrecruzan y firman el pacto que sella el orden de las cosas. En el tiempo histórico, el espejo del nacionalismo vasco no está enclavado sólo en su hogar sino en la casa del vecino y ésta en algunos casos es agradable y en otros desagradable. El nacionalismo vasco aprendió a temprana edad que contaba con un compañero de viaje (Estado central) que le inyecta vida pero que, a la vez, condiciona la estrategia de esa relación. La casuística de la relación mediatiza las respuestas desde un lado y desde otro. La difusión del nacionalismo y la contrapropuesta del centro provoca conflictos significativos.

La conclusión de esta relación es que el movimiento vasco se desenvuelve en un mar de aguas turbulentas. Las condiciones históricas -dificiles y complejas- se proyectan en uno de los problemas más leídos, tratados y repetidos de la historia contemporánea de España: la

crisis del espacio público democrático. El desarrollo del nacionalismo revela, como si se tratara de su ADN, la trayectoria histórica de su oponente: el Estado español.

En el momento de la emergencia - finales del siglo XIX-, la labor del nacionalismo vasco cristaliza en una línea de acción política. La propuesta, de clara raíz herderiana, bebe en el caudal romántico. El concepto básico de la arquitectura tradicional nacionalista es la homogeneidad étnica. Paradójicamente, pese al carácter diverso, plural y complejo del País Vasco, el nacionalismo cuando se representa políticamente, formula los objetivos bajo este supuesto. La homogeneidad expresa el principio de unidad social, el imaginario simbólico de compartir la difusa idea de totalidad dentro de un orden social provisto de pretensiones políticas: la visión del estado propio. Esta perspectiva se alcanza cuando la jaula estatal no es una quimera y sí una solución razonable.

El tránsito -el movimiento continuo a través del espejo de la historia- marca con una huella profunda e indeleble los contenidos sustantivos de esta doctrina. Cuando finaliza la guerra civil española, la comunidad nacionalista, al igual que todos los que pierden la contienda, es expulsada de las instituciones oficiales y pena con el exilio, la cárcel o el silencio su atrevimiento como oposición. En esas circunstancias, ante la disolución formal de las instituciones representativas, sobreimpone la presencia en los espacios íntimos donde no llegan los nervios del poder franquista. En este mundo subterráneo -gestado en los espacios de la intimidad- el lenguaje es el silencio y el hogar el lugar social elegido para recogerse con los semejantes esperando tiempos mejores. El recuerdo de la guerra civil y el estigma de la derrota fraguan procesos donde la comunidad derrotada socializa a la prole con el silencio de las respuestas.

El fracaso de la estrategia política del exilio -basada en la fe en que las potencias ganadoras de la guerra mundial instaurarán la democracia en España-, la transformación material del entramado productivo y del sistema urbano vasco y la entrada en la historia de una generación nueva; los hijos de los derrotados en la guerra civil, socializados en el estigma de la derrota y obsesionados por hacer aquello que sus mayores no pueden hacer, traslada la actividad (pública y política) al interior del País Vasco.

La acción afirmativa de la nueva generación crea un movimiento emergente que gesta un movimiento político -ETA- y un movimiento cultural -que se expresa en la centralidad que adquiere la lengua; euskera-. Alrededor de la significación de la lengua, el neonacionalismo de los años sesenta define el basamento de la diferencia. Para proteger y desarrollar este bien nace el movimiento cultural que explica nuevas formas de creación literaria; aparecen el euskera batua y las ikastolas, etc. Ambas actividades -política y cultural- persiguen un doble objetivo; la acción representa a la comunidad que durante los primeros años del franquismo se mueve en el silencio y, a su vez, la respuesta, desmesurada y casi siempre contundente del poder franquista, provoca que la voz silenciada encuentre la salida a través del nacionalismo radical de la joven generación. Este es el inicio del drama que comienzan a escribir los hijos de la guerra y del poder franquista y que hoy sufre la sociedad vasca. No sólo hablo de drama por las consecuencias que tiene la violencia militar para la sociedad española y vasca, sino para todo el nacionalismo vasco. La acción armada invade -con la lógica militar- los espacios y los intersticios sociales y funda, de hecho, un discurso nuevo. A veces se argumenta sobre la continuidad histórica entre unas u otras prácticas del nacionalismo. Pero sin agotar el problema que, para la teoría de la historia, plantea la tesis de la continuidad, ésta

no matiza lo suficiente las diferencias que hay entre unas y otras expresiones. Es cierto que los objetivos políticos últimos -la independencia política y el Estado vasco- son comunes, pero no es menos cierto que la apreciación oculta la significación que adquiere la violencia armada en el devenir de los discursos nacionalistas. En los últimos veinticinco años, ésta construye un espacio propio, enajena un espacio con sentido para los que celebran esta práctica pero, a su vez, crea una doble ruptura. Por un lado, con la parte de la sociedad vasca que no es nacionalista y por otro, con los sectores que, definiéndose como nacionalistas vascos, repudian la violencia.

La travesía de los últimos años expresa la modificación estructural y el replanteamiento ideológico del universo nacionalista. La muerte del general Franco inaugura un ciclo histórico en el que encuentra posibilidades de expresión como nunca antes tuvo en su larga trayectoria. Pero, paradójicamente, el éxito implica -en todos los casos- la transformación de la propuesta política, la revisión de la doctrina central y la reelección de los objetivos a corto y medio plazo. El éxito se visualiza en la hegemonía electoral. El dominio del espacio electoral expresa la hegemonía social de la que disfruta en la sociedad civil. Con esta posición prevalente emprende la institucionalización de la Comunidad Autónoma. Esta conlleva la organización de la gestión y la instauración del pragmatismo en el trabajo administrativo. La vida política, tan omnipresente en otros momentos del devenir histórico, se racionaliza progresivamente y el mundo del nacionalismo vive momentos paradójicos porque si el éxito (social y político) es innegable también lo es que se modifican los procesos y los mecanismos sobre los que aseguró la reproducción ampliada en el período histórico franquista. Así, quiebran las lógicas sociales que sostienen el discurso defensivo, la unanimidad y el "cordón umbilical" que unía a unos y a otros discursos nacionalistas se rompe y emergen nuevas propuestas (la más significativa es la del nacionalismo radical que expresan ETA y HB) y nuevas formas de interpretar que es ser nacionalista.

En este momento llega a la historia la generación que no vive la experiencia histórica de los mayores y para quienes las imágenes del pasado -franquismo- son el acervo de conocimiento de los mayores pero no su memoria histórica. Su mirada al mundo del nacionalismo es perpleja y dubitativa. Están preocupados más por mantener la individualidad y la vida privada que por glorificar los hechos del remoto pasado, por dramatizar el hecho nacionalista o las expresiones de la política. La transmisión de las creencias de una generación a otra es problemática, agudizada -aún más- cuando la inserción laboral, la entrada al mundo adulto y el futuro están llenas de dudas y de sombras.

Las repercusiones del momento democrático y de la institucionalización autonómica provoca que el nacionalismo gestione los asuntos públicos empeñado como está en construir la autonomía vasca. La transición democrática en el País Vasco arrastra una paradoja fundacional: los más votados son los sectores -sociales y políticos- nacionalistas que o se abstuvieron o rechazaron la Constitución. Dicho de otra manera, los que optan por no dar el visto bueno a la forma política que adopta la legalidad democrática son los encargados, gracias al mandato electoral, de gestionar y dirigir esa legalidad. La legitimidad del entramado democrático halla el punto de inflexión con la aprobación del Estatuto de Autonomía. El referéndum estatutario permite al nacionalismo leer -con ingenio- el proyecto político. Este sostiene que la legitimidad no procede de la legalidad constitucional sino de la lectura del Estatuto como el momento fundacional del proceso democrático. La construcción política de la autonomía

es vista y pensada como el proceso de construcción nacional. Las competencias recogidas en el Estatuto les faculta para pensar que éste es el punto de inflexión desde el que la objetividad democrática adquiere el sentido y la legitimidad necesaria.

La construcción nacional -como construcción autonómica- es el apriori de la transición vasca, es decir, el objetivo desde el que el mundo del nacionalismo piensa el futuro, pero también el referente por construir, en unos casos desde el maximalismo pragmático del nacionalismo moderado, en otros es la referencia negativa (la expresión de la traición política que, según la lectura radical, ejecuta el nacionalismo democrático al pactar con el centro y sus poderes políticos).

En estos años, el nacionalismo "descubre" que la labor del gobierno autonómico se rige por el pragmatismo en la toma de decisiones y no por la heroica exaltación de los sinsabores de la historia. Así, enfrenta la mayoría electoral con el bagaje político y simbólico acumulado durante los años de conflicto, pero descubre que gobernar y "hacer País" tiene servidumbres y contrapartidas, entre otras la aceptación de las reglas del juego que rigen en los sistemas políticos democráticos y la conversión en rutina de lo que fueron en otros tiempos acciones extraordinarias. El proceso de normalización implica dejar paso a aspectos menos llamativos pero más eficaces para los objetivos de esta estrategia.

Estos hechos tienen un profundo significado que afectan a la afirmación sociopolítica del nacionalismo vasco -con el explícito reconocimiento del pluralismo de la sociedad vasca-, a las bases sociales, a la doctrina central elaborada por el padre fundador y a la capacidad para reproducir la estructura de plausibilidad, especialmente entre las generaciones más jóvenes.

2. NUEVOS ESCENARIOS, NUEVOS PROBLEMAS

El cambio que dibujan estos procesos "hablan" de varios problemas que cercan a la sociedad vasca y que condicionan la definición de futuro del nacionalismo vasco.

Si hay una cuestión que mediatiza la vida social es el de la violencia. El proceso de institucionalización autonómica provoca que tanto la base social como el discurso legitimador de la acción de ETA pierde fuerza social. Esto quiere decir que ETA pierde respaldo popular -se pasa de la identificación a la ambigüedad en los comportamientos y después, a partir de la segunda mitad de los ochenta, a la condena abierta-. La actitud ante ETA es el elemento que divide a la población vasca y a los discursos políticos. Por otra parte, en este período asistimos a la refuncionalización de los discursos violentos e incluso al cambio de perspectiva en la lucha armada. Una consideración de los estudios que se hacen sobre el tema, confirman las tendencias más significativas: 1) la significativa pérdida del apoyo social de los discursos violentos. 2) La reducción del número de silencios y la afirmación de la palabra contra la estrategia armada. 3) El mantenimiento de la estructura de plausibilidad que justifica la existencia de ETA.

Las repercusiones para la doctrina del nacionalismo son significativas; por una parte, no hay un referente único, ni unívoco del nacionalismo. Por otra parte, las consecuencias que para la sociedad vasca tiene la violencia y la actitud de unos y otros ante el marco democrá-

tico, separan y dividen al mundo nacionalista. Esta ruptura produce la emergencia de dos comunidades nacionalistas que sostienen, cada una por separado, la praxis y los discursos diferenciados.

Llegados a este punto cabe hacer una pregunta ¿puede pensarse el País Vasco, desde la perspectiva nacionalista, con ETA? Es evidente que uno de los dilemas básicos del nacionalismo democrático es "resituarse" a ETA. El nacionalismo vasco no puede soslayar lo que son las tres cuestiones más relevantes que presenta la actividad armada; el problema de los derechos fundamentales del individuo, los límites de la convivencia y la negación de las reglas de juego democráticas.

Por otra parte, el pragmatismo del nacionalismo moderado "choca" con los datos de la compleja realidad social vasca. El primer dato que destaca es que sólo el 39% de la población entrevistada declara ser nacionalista, mientras que un 54% dice que no lo es y el 6% restante, no sabe o no contesta. Entre los que se consideran nacionalistas el reparto de voto es el siguiente; al PNV le vota el 26% de los nacionalistas, a HB el 17%, a EA el 9%, al PSE-EE el 3%, a IU el 2% y al PP el 1%.

En contraposición, en relación con el tema de la independencia, haciendo un balance de las posiciones de acuerdo y de desacuerdo a lo largo de los últimos años, se observa que la tendencia de aprobación de la independencia se invierte. Mientras en el año 1988, las posturas de apoyo superan a las de rechazo, actualmente ocurre lo contrario, siendo superiores los porcentajes de desacuerdo a los de acuerdo. En enero de 1988, el 42% de los vascos dice estar total o parcialmente de acuerdo con la independencia, frente al 34% que se posiciona en contra. Según datos referidos a septiembre de 1994, sólo el 35% está de acuerdo, frente al 42% que está en desacuerdo, produciéndose la inversión de los porcentajes. En el año 1988 había una diferencia de ocho puntos a favor del apoyo a la independencia, en 1994 hay siete puntos de distancia favorables a la postura contraria.

El pluralismo que muestra la complejidad del escenario vasco plantea un tercer problema que vale la pena resaltar. El nacionalismo llega a las postrimerías del siglo XX con la doctrina central creada en el momento de su fundación. Esta depende, como ya he explicitado, de la definición étnica de la nación, de la idea de homogeneidad grupal y de la estrategia política basada en la consecución del estado propio -independencia política-. Cabe preguntarse si esos supuestos sirven para interpretar la complejidad de la sociedad vasca o si ésta no requiere un lenguaje que no se alimente -exclusivamente- de los vínculos tradicionales, ni del pasado histórico, ni de ajustar las estrategias al presente, sino de modificar las bases teóricas de la doctrina central. La paradoja es que el nacionalismo enfrenta el pluralismo con perspectiva étnica, y esto le lleva a la inconsistencia teórica porque si representa y es una de las voces de esa sociedad no puede manejar una perspectiva de la que muchos ciudadanos, de facto, están excluidos. El nacionalismo entiende el pluralismo de la sociedad vasca y lo articula en términos políticos con la doctrina incapacitada para asumir, hasta sus consecuencias últimas, el carácter plural, heterogéneo y sincrético de esta sociedad.

Por otra parte, el tradicional modelo de acción política del nacionalismo -a caballo entre el maximalismo de sus objetivos estatistas y el pragmatismo de su ancestral sabiduría- le obliga a equilibrios permanentes. Si la independencia política es el objetivo irrenunciable en la definición política de la praxis, el proceso democrático y la gestión de la autonomía provocan

que gradúe y que matice los objetivos políticos y no porque renuncie, al menos expresamente, al fin más deseado -el Estado vasco- sino porque se sumerge en el gobierno de la Comunidad Autónoma y le obliga a repensar las relaciones con el Estado central y el papel dentro de España.

3. DE LA VIOLENCIA A LA NEGOCIACIÓN

Si hay un problema que condiciona la vida social vasca es el de la violencia. El proceso de institucionalización autonómica, con todo lo que conlleva y con todo lo que expresa (el éxito electoral del nacionalismo, la legalización de los símbolos vascos, el proceso de racionalización política, etc.) provoca que tanto la base social como el discurso legitimador de la acción de ETA pierda fuerza social.

Ahora bien, pese al abandono de los apoyos tradicionales y pese al rechazo a los métodos o de la estrategia armada, desde sectores del nacionalismo radical explicitan la necesidad de ETA por su misma existencia. Desde esta visión no se legitima la violencia en sí misma, sino que se legitima su credibilidad. Bajo esta perspectiva los canales de participación y las normas democráticas son inútiles para plasmar estas propuestas. La conclusión de este silogismo es evidente: al ser inadecuado el marco político y al estar condicionado por la Constitución española, los problemas que "explican" a ETA no tienen solución bajo esta planta política.

En toda la trama argumentativa está la presunción de la inutilidad de la institucionalización política y la percepción de que el marco normativo que rige esta dialéctica no sirve. Por supuesto, esta opción exige dotar de funcionalidad a la pragmática armada y al carácter excepcional que tiene la utilización de la violencia como método político. Esto se consigue con un argumento que sitúa a todas las violencias en el mismo orden y en la misma categoría. Así, la organización impone "su" dinámica natural. La estrategia es menos social y política y más militar. La lógica militar tiene sus reglas, no se explican, tampoco requieren legitimación, únicamente se aplican. La legitimidad es interna, se busca entre la comunidad de elegidos que ve en la organización el bastión -el alma- de esas reivindicaciones. La legitimidad se mantiene cuando se sigue la estrategia diseñada, al margen de los medios empleados, de las consecuencias de la estrategia o de la eficacia de las medidas para los objetivos perseguidos. Si la legitimidad obedece a razones internas es porque está predefinida en el espacio social que ETA representa. Sólo los individuos adscritos o identificados con ese espacio, están llamados a comprender.

La legitimidad se busca entre los elegidos, sólo éstos comprenden y sólo tiene interés la visión de los convencidos; la de los otros es significativa porque con sus actitudes y con sus opiniones reconocen la persistencia de esa opción, de la estrategia política que se desprende y del mundo social que la protege. La actividad armada de ETA y, en general, del mundo que la sostiene concreta la estrategia de la separación, estrategia que denomino del espacio propio. Con esta fórmula se busca la adhesión en el espacio social, tratando que éste sea el territorio donde la comunidad de los elegidos se representa tal y como es. Esto supone, por un lado, la ruptura con la comunidad superior -la nacionalista- y por otro, que las consecuencias sociopolíticas de este hecho no hacen sino reproducir la separación entre unos y

otros, generando un esfuerzo adicional en la legitimación del espacio propio, lo que necesariamente conduce a la visión crepuscular, es decir, a percibir el mundo y la realidad -exclusivamente- desde los intereses de los habitantes del espacio propio. Así, sólo se habla a los convencidos, a la comunidad de creyentes que considera a ETA algo propio. De esta forma, la lógica militar militariza el pensamiento y "arrebata" -disolviendo- la autonomía del espacio civil y político del mundo radical.

Este mundo supedita la dinámica sociopolítica a las acciones de ETA. Esta simbiosis responde al ejercicio de supeditación del entramado cívico-militar a la estrategia de la acción armada. La política no tiene cabida en esta estrategia, a no ser como un elemento de ficción -de lo que pudo ser y no es-. La lógica militar cumple con su destino; es la lógica de la comunidad que se abriga y se protege en el espacio propio persiguiendo un objetivo triple: férrea disciplina, adhesión sin sobresaltos e identificación con la estrategia y con el espacio compartido.

La praxis del espacio propio provoca la ruptura con cualesquiera otros sectores sociales (nacionalistas o no). Bajo esta perspectiva, la defensa del espacio se transforma en algo dramático. El efecto frontera describe una situación donde los límites de la ruptura se trasladan al interior de la sociedad vasca. La separación tiene una doble vertiente. La primera es entre los habitantes del País Vasco y entre el sector de la población que se identifica con la comunidad del espacio propio. Pero hay una segunda consecuencia, la ruptura con cualesquiera otros sectores sociales identificados con la tradición nacionalista. La identificación con ETA provoca que otras capas del nacionalismo se alejen más y más de sus prácticas y de su discurso. Esto supone, en todos los casos, que la definición del otro no se haga desde el marco amplio (nacionalismo) sino desde el espacio propio.

Los límites de la frontera simbólica se desplazan hacia adentro en un ejercicio de implosión, pero aún cuando el núcleo radical se hace más pequeño se fortalece y se cohesiona más. Desde esta perspectiva, los otros son aquéllos que no están en el espacio avalado y defendido por la lógica militar.

Las consecuencias para la doctrina del nacionalismo son significativas; por una parte, como he afirmado, no existe un referente único ni unívoco del nacionalismo. Las consecuencias de la violencia y la actitud ante el marco democrático, separan y dividen al mundo nacionalista. La ruptura genera la emergencia de dos comunidades nacionalistas que sostienen, cada una por separado, praxis y discursos diferenciados. La actitud ante la violencia y ante los logros del marco democrático dividen a una de otra.

La argumentación política del espacio propio dibuja un marco donde la protección de la violencia se afirma desde la negación de los valores de la democracia. Traigo esto a colación porque como voy a plantear, la tesis de la negociación y de los contenidos sustantivos de ésta "beben" de esta doctrina. Paradójicamente, desde el discurso radical, la profundización de la democracia coincide con los objetivos implícitos en la negociación, pero, a su vez, con la negación de los supuestos sobre los que se asienta el marco de convivencia democrática.

El planteamiento es claro: el punto de partida es la esencialización del concepto de pueblo. Los pueblos, como dice la ponencia Oldartzen, "son los únicos dueños de su destino". Ni el individuo, ni por supuesto el ciudadano, son objeto de atención. Un poco más adelante en

ese documento se reconoce que "el poder del pueblo no puede sustentarse en un modelo controlado por una minoría. La democracia, por tanto, es el gobierno de la mayoría; esto es, el sistema político arraigado en torno a los intereses de la mayoría". No obstante, si el concepto de pueblo, la democracia y el gobierno de la mayoría están entrelazados, hay otro proceso -clave en esta propuesta- que queda sustraído a este planteamiento. Así dicen, "la autodeterminación es un derecho que nos corresponde como pueblo, por lo que no debe situarse el debate en el plano de mayorías y minorías". De esta forma, ésta se transforma no en un derecho, sino en apriori de la democracia. Haciendo un juego de palabras diría que la prueba de la democracia es la autodeterminación, pero, a su vez, ésta (autodeterminación) está sustraída del debate social, es un principio que deriva en un derecho inalienable. El marco democrático se cumple si celebra la autodeterminación y ésta -prueba de fuego de la democracia- está excluida de la dialéctica mayoría-minoría, cabe concluir que la autodeterminación determina el marco democrático. Este es dependiente de aquél y no se mantiene el discurso democrático ni tampoco su legitimación si el pueblo vasco no se autodetermina. En esta perspectiva, la autodeterminación es el principio que adopta la organización democrática, no es la conclusión del proceso de construcción nacional, sino el principio de ese proceso, si éste no se cumple no tiene -para ellos- sentido las apelaciones a la democracia. De esta forma, la negociación política no es para que termine la violencia armada sino para que se aplique el principio fundacional de la "auténtica" democracia. Esta trama argumentativa concluye cuando el pueblo "es", es decir, cuando ejerce el principio primordial: la autodeterminación. Sólo si ocurre esto tiene lugar la ceremonia ritual de la democracia.

El medio -aunque no el único sí el fundamental- para forzar este reconocimiento primordial es la violencia armada y la negociación es la forma que adopta la imposición del cuadro reivindicativo. Además, como el principio está sustraído a las reglas del juego democrático (dialéctica mayoría-minoría) sólo cabe imponerlo. De esta forma, la autodeterminación es un derecho colectivo previo -y como tal- está sustraído del debate social, de los resultados electorales y de las consecuencias políticas y sociales de ese debate. El "pueblo" se autodetermina imponiendo la autodeterminación a todos aquellos que no se autodeterminan en los términos propuestos. Acometer el punto final de la violencia armada -desde la perspectiva radical- significa aceptar la trama argumentativa. Fuera de aquí, el juego o no es posible o está limitado a la confrontación política.

Pero, al igual que ocurre con la autodeterminación, la integridad territorial es el apriori político de la izquierda radical. Esta idea es fácil de entender, se quiere reunificar el País Vasco Sur (Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra) en una sólo entidad política. Este supuesto pasa por alto la situación objetiva de cada uno de los territorios y el pronunciamiento electoral de esas entidades. Desconoce la opinión de los ciudadanos u otra orientación basada en el juego de mayorías-minorías. En este sentido, la negociación que proponen se aleja de los parámetros habituales. Lo que hay que "negociar" y construir es definido por una de las partes (la izquierda radical) como una cuestión de principio, con lo que la negociación no es tal, sino, en todo caso, es el reconocimiento de ese derecho. No se conocen -si es que existen- etapas o pasos intermedios, la graduación de las fases, etc. Por el contrario, esa reivindicación es el punto de partida.

Desde la perspectiva de la teoría democrática, la coexistencia de los valores de la democracia formal con los del nacionalismo radical son problemáticos. La teoría de la democracia

descansa en la regla de la mayoría, sin que esto suponga negar derechos a la minoría, lo que ocurre es que los límites de la disidencia están en el respeto a los derechos fundamentales. Son precisamente esos derechos los que facilitan a una sociedad pensarse como tal. De hecho, el mito fundador de la convivencia democrática -el contrato social- se representa en la protección de los derechos fundamentales. Este es el límite, y por otra parte, el apriori desde el que puede pensarse la sociedad. Sin derechos fundamentales no hay sociedad. Es aceptable en algunos casos que allá donde la naturaleza del bien requiera que ésta se busque en común, se distingan las libertades fundamentales, las que nunca, ni por ninguna causa son infringidas, y por lo tanto deben estar al abrigo de todo ataque, de los privilegios y de las inmunidades que, pese a su importancia, se revocan o se restringen por razones de política pública. En ambos casos, los derechos fundamentales son la piedra angular de cualquier enunciado de la democracia formal. Cuando la violencia armada y la muerte se constituyen en condicionantes o en amenaza a los derechos fundamentales, cuando las reglas de juego de la convivencia democrática son instrumentos del pensamiento militarizado, cuando la dialéctica mayoría-minoría es negada por mor de la visión exclusiva de la verdad, o cuando el derecho a la autodeterminación es sustraído del debate social y, sobre todo, de las consecuencias de ese debate, la democracia no se instaura como el espacio de la legalidad, ni como el territorio de la razón. De facto, al nacionalismo radical le cuesta entender las reglas del juego de la dialéctica democrática. Este es su "talón de Aquiles" y es, precisamente, la puesta en entredicho de los derechos fundamentales lo que impide las relaciones con el resto de las fuerzas sociales y políticas.

No hay posibilidad de pensar la sociedad vasca y, por supuesto, el proceso de construcción nacional si los límites del juego no se respetan, si las reglas de la convivencia democrática están para ser malformadas y sobre todo, si los derechos que sostiene el edificio de la convivencia son transgredidos y la muerte se convierte en táctica estratégica para la negociación. Esto me traslada a otro problema. Si pensar la construcción nacional con ETA no es posible, si ignorarla tampoco, tendremos que pensarla pese a ETA.

El camino que se elija delimita, con precisión, un concepto de la responsabilidad. No se pueden mantener los objetivos máximos de un programa nacional desde una idea de la responsabilidad que se limite a señalar que uno sólo es responsable de sus actos y de las consecuencias de estos, porque, desde la perspectiva que definiendo también somos responsables no sólo y no tanto de lo que hallamos hecho cuanto de lo que no hagamos para impedir el deterioro creciente. Y si como veremos a continuación, el nacionalismo democrático tiene problemas ideológicos estructurales para asumir con rotundidad la complejidad y el pluralismo de la sociedad vasca, tiene también otra asignatura pendiente: la estrategia para enfrentar el problema de ETA. Esta estrategia depende, sobre todo, de dos principios; 1) el respeto de los derechos fundamentales y de las reglas de juego de la democracia. 2) De la construcción de mayorías. El problema nacional no se dirime, no seamos ingenuos, en una mesa de negociaciones con ETA, sino con una estrategia basada en el convencimiento y en la construcción de mayorías, lo que conlleva el "estiramiento" de la frontera que ahora separa a quienes son nacionalistas de quienes no lo son. Por supuesto, en esta estrategia ETA no aporta nada y es un "estorbo".

4. DILEMAS DE FUTURO

Frente a estos hechos, el nacionalismo vasco mantiene incólume el principio político estatal. El medio para alcanzar tan preciado bien es el proceso de construcción nacional. En este sentido, la construcción autonómica es un medio eficaz para lograr los objetivos deseados.

El proceso de institucionalización autonómica diseña un marco competencial cuya norma de actuación es el consenso entre los agentes políticos (nacionalistas o no). Los contenidos recogidos en el Estatuto de Autonomía, no evitan que surjan problemas en el mundo nacionalista. El primero de ellos es la articulación interna del País Vasco. Este no es un problema nuevo, los planteamientos forales y confederales son un motivo de disputa desde el diseño de País que hiciera el padre fundador -Sabino Arana-. Las propuestas de organización político-administrativa se suceden en los programas electorales desde 1977. El discurso nacionalista crea su perspectiva sobre dos creencias: 1) que la posesión de atributos étnicos comunes (lengua, historia, costumbres, etc.) es suficiente para generar la uniformidad necesaria y 2) que el poder electoral del nacionalismo vasco y su mayoría "natural" en los tres territorios mantienen la homogeneidad diferencial.

La discusión sobre la ley de Territorios Históricos (LTH) y las consecuencias que el proceso de institucionalización tienen para el País Vasco conduce a dos tipos de problemas. El primero tiene que ver con el modelo de país que se construye. Las diferencias internas entre los territorios son notables, no sólo porque no poseen en grado igual los atributos étnicos -base objetiva de la diferencialidad vasca- sino porque son diferentes la historia del nacionalismo, las formas de expresión y el grado de penetración social. Por otro lado, el ascenso de fuerzas políticas foralistas y las peculiaridades electorales de Guipúzcoa, ensombrecen los objetivos perseguidos.

Los años de construcción autonómica demuestran el poder no tanto de la visión uniforme del País Vasco, sino de los discursos locales, en ocasiones disfrazados de prácticas generales. Esto demuestra que el modelo de País mantiene las tensiones que la LTH quiso superar.

La segunda repercusión es que la definición institucional replantea las tensiones internas en el nacionalismo moderado. La salida del período de clandestinidad y el exilio, la reorganización a la luz del día y la dirección política de la construcción autonómica impone realidades y provoca tensiones en la vida interna del País Vasco, así como en su estructura organizativa. Las tensiones más significativas se producen en la discusión sobre la LTH. El problema de fondo es la distribución del poder en la Comunidad Autónoma, o mejor aún, entre quienes quieren centralizar el poder y la toma de decisiones a través de las instituciones políticas comunes (gobierno fuerte liberado de la disciplina de partido) o aquellos que priorizan que sea el partido quien controle las instituciones autonómicas y su toma de decisiones.

El proceso de institucionalización política lleva a constituir al lado del aparato del partido otra fuente de poder y ambas entran en competencia. Por otra parte, el proceso de construcción política de la autonomía significa el nacimiento de una clase política. El control de un colectivo tan heterogéneo en una administración "familiar" pero con un desarrollo explosivo, es compleja. Estas tensiones dieron lugar a la ruptura en el PNV y a la aparición de EA

El proceso de construcción nacional toma cariz institucional. El gobierno vasco institucionaliza el entramado administrativo siguiendo criterios estatistas bajo el imaginario simbólico

de sentar las bases del proceso de construcción nacional. La administración autonómica es un calco de lo conocido con dos notas significativas. En primer lugar, la necesidad de legitimación impulsa el proceso institucional sobreprotector donde se cumple la máxima de que la administración actúa con un criterio compensador. Este principio conduce a la competencia universal de la administración, lo que de forma inevitable implica la sobreinstitucionalización de la vida social, confundiendo la eficacia con la proliferación institucional. El pragmatismo del nacionalismo democrático identifica la construcción nacional con la sobreinstitucionalización, con la defensa de los intereses materiales y con el hecho de que con la institucionalización se construye el País Vasco, de igual modo que si se estuviera levantando la estructura administrativa del nuevo estado.

En este proceso, los valores pragmáticos están al servicio del imaginario simbólico y de la estructura ideológica donde la comunidad nacionalista proyecta las aspiraciones estatistas. Este discurso cree que sólo cuando reproduce la lógica administrativa del estado cumple con estas aspiraciones. La estructura institucional -vehículo del proceso de construcción nacional- refleja los intereses del nacionalismo democrático. La comunidad nacionalista identifica sus intereses y la estructura de conciencia con los intereses generales. Los cuatro lados del cuadrilátero: País Vasco - Comunidad Nacionalista - Partido Nacionalista- Construcción Nacional - no son sino el basamento del proceso. La estructura administrativa es la proyección institucional de este imaginario, de aquí las servidumbres, las paradojas y las condiciones de su éxito.

El proceso de construcción nacionalista, como proceso de institucionalización política, desmitifica el poder simbólico de esta idea. Los nacionalistas "descubren" que la labor del gobierno se rige por el pragmatismo y no por la exaltación heroica de la historia dramatizada. Descubren que gobernar tiene servidumbres, entre otras aceptar las reglas de juego institucionales y la conversión en rutina de lo que en otros tiempos fue extraordinario. La rutinización política supone que el carácter dramatizado de estas acciones deja el camino abierto a consideraciones menos espectaculares que carecen de la emoción afectiva que tuvo la militancia política en otros tiempos; pero que son más eficaces para los objetivos que diseña la estrategia política.

Si la sociedad vasca de la que habla este discurso es plural, heterogéneamente organizada y sincrética, la competencia política y simbólica dificulta la formalización del centro desde donde pensar la sociedad vasca como comunidad nacional. El pluralismo obliga a comprender que hay muchos fines que persiguen los hombres y aún así son racionales.

Los resultados electorales confirman la doble perspectiva; por una parte, el nacionalismo democrático es la minoría electoral prevalente pero, por otra, el proceso de crecimiento electoral se estanca. A ello no le son ajenas cuatro cuestiones que atraviesan la realidad social vasca. En primer lugar, la pervivencia de la violencia armada de ETA. En segundo lugar, la ruptura en el seno del nacionalismo democrático. En tercer lugar, pesa sobre el nacionalismo los años de gestión al frente del gobierno vasco. No tanto porque el carácter autonómico del gobierno le libre de muchas de las críticas dirigidas, en general, a los gobernantes, sino porque le obliga a realizar un considerable esfuerzo para modificar las formas tradicionales del quehacer político. En cuarto lugar, el peso electoral del nacionalismo democrático se lastra por dos realidades, la primera es el descenso electoral del nacionalismo en las ciudades

(voto urbano) y su predominio en los núcleos rurales y por otra, por la escasa aportación del voto juvenil que no compensa el traslado de votantes a otras opciones o a la mortalidad electoral habitual en todas las formaciones políticas.

Con el entrecruzamiento y con la conjunción de estas situaciones (pluralismo y descenso electoral) se plantea el hecho que el nacionalismo no puede obviar el carácter de minoría "mayoritaria" en una sociedad pluralista. No sólo porque en ella existen otras perspectivas (políticas y sociales) sino porque el discurso en sí mismo encuentra muchas dificultades. Por otra parte, el peso electoral no refleja esa hegemonía, los atributos étnicos están distribuidos de forma desigual en los tres territorios de la autonomía y el nacionalismo pacta con otras fuerzas que no beben de esas fuentes. Por último, la precariedad electoral de estas fuerzas en Navarra, aunque fuera de la autonomía, produce "quebraderos de cabeza" para el partido que quiere ser "consecuentemente nacionalista".